

## 5º. Domingo de Pascua. Año A

### Lectio divina sobre Jn 14,1-12

---

En las palabras de Jesús se refleja la situación que vivían los discípulos después de Pascua: sabían que Cristo había resucitado, pero se dolían aún de su ausencia. Un difuso sentimiento de orfandad les pudo, robándoles la alegría recobrada al saber que Jesús estaba vivo. Animándolos, Jesús les explica su aparente ausencia: está preparándoles un hogar junto al Padre; su aparente lejanía actual está motivada en su preocupación por el por venir de los suyos; deberían saberlo y tener coraje: la fe en Dios ha de vivirse de ahora en adelante como fe en Jesús; pues, resucitado, ha de estar con su Padre. Las preguntas de los discípulos expresan su desconcierto: no saben bien dónde se les ha ido su Señor, mal van a conocer el camino para recuperarlo. Jesús no insiste sobre su nuevo destino personal, Dios Padre; para sus discípulos es el camino, la verdad, la vida: sin pasar por él nadie llega a Dios. Y, por tanto, responde a quien desea ver a Dios que verlo a él es contemplar al Padre: Jesús Resucitado es el rostro humano de Dios, desde el que Dios nos mira y en el que admiramos a Dios. ¿No es impresionante, ¡y significativo!, que Jesús tenga que rogar a sus discípulos que le crean?

---

#### En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

*-<sup>1</sup>«Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí. <sup>2</sup>En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no fuera así, ¿os habría dicho que voy a prepararos sitio? <sup>3</sup>Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. <sup>4</sup>Y adonde yo voy, ya sabéis el camino.»*

#### <sup>5</sup>Tomás le dice:

*-«Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino? »*

#### <sup>6</sup>Jesús le responde:

*-«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí. <sup>7</sup>Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.»*

#### <sup>8</sup>Felipe le dice:

*-«Señor, muéstranos al Padre y nos basta.»*

#### <sup>9</sup>Jesús le replica:

*-«Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “muéstranos al Padre”? <sup>10</sup>¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace sus obras. <sup>11</sup>Creed en mí: yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. <sup>12</sup>Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre.»*

---

#### I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El anuncio de la traición de Judas (Jn 13,21-30) y de la negación de Pedro (Jn 13,36-38) ha llenado de turbación el ánimo de unos discípulos que no acaban de reponerse. El texto, enmarcado por el tema de la fe (14,1.10.11.12), no tiene un desarrollo claro: tras explicar a sus discípulos por qué se ha ausentado y qué hace mientras ellos se sienten solos (14,1-4), Tomás, primero, y luego Felipe preguntan a Jesús por el camino y por el Padre (14,5.8). Jesús adopta un tono magisterial (14,1.9.11), mientras los discípulos se esfuerzan por entenderle, sin demasiado éxito.

El discípulo, que se siente abandonado, tiene la fe como tarea. Pero una cosa es creer en Dios y otra, bien distinta y más difícil, creer en un hombre que ha sido traicionado y renegado por ellos y que, ahora, devuelto a la vida, no convive con ellos. Vivida en soledad, la fe no desespera: la soledad no es el destino último del creyente, ya que la ausencia es medio para lograr un nuevo hogar con Dios. Casa es aquí imagen de acogida y familiaridad, lugar donde el creyente es recibido por Dios, estado de salvación escatológica: al tener la casa de Dios muchas moradas puede uno ser aceptado de diversos modos (14,2a). Jesús los ha dejado, para que ellos encuentren acogida en Dios, donde el Hijo está. Que los discípulos tendrán acceso a Dios es obra del Hijo. En su soledad deben reencontrar la serenidad. “Vaya, pues, el Señor a prepararnos el lugar” – comentó san Agustín - “váyase y no le veamos; escóndase para que en él creamos. Se prepara el lugar viviendo de la fe. Deseémosle por la fe para tenerle por el deseo, porque el deseo de amar es la preparación de la mansión. Prepara, pues, Señor, lo que estás preparando: nos preparas a nosotros para ti y a ti para nosotros”. Y es que su partida no es definitiva: volverá a los suyos para que estén con Él. Más que dejarlos abandonados, Jesús quiere a los suyos esperanzados; su soledad es meramente aparente. Cuando regrese, conocerán dónde ha ido y el camino para llegar.

La pregunta de Tomás (14,5; 11,16) introduce un nuevo desarrollo (14,5-11): quien ha hecho el camino de ida hacia Dios, es Él mismo camino y la meta, la vía y el acceso, el medio y el final (14,6). Jesús es el camino, el único, hacia Dios. Y lo es sin medias tintas, en exclusividad: nadie puede pensar otras vías o proponer otras sendas para ir al Padre que la

que él es y realiza. Conociéndole a él, el acceso a Dios está garantizado: solo él, sus palabras y sus obras, manifiesta a Dios plenamente. En cuanto mediador exclusivo del encuentro con el Padre, es verdad definitiva (1,14.17; 5,33; 8,32.40.44-46); acogido como tal, se hace vida (1,4; 6,33.35.48.63.68; 8,12; 10,10; 11,25).

Con sorprendente audacia, Jesús llega a decir que el conocimiento vital de su persona es ya visión del Padre, conocimiento de Dios sin intermediarios ni signos (14,7): intimar con Jesús, conocerlo, es la condición para acceder al Padre. Como discípulos, ya le han conocido y, por ello, ahora pueden conocer y ver al Padre, tarea imposible al hombre (1,18. Is 45,15).

Felipe, incomprensiblemente, pide a Jesús que manifieste al Padre (14,8. Ex 33,18) y quedar así satisfecho. Para el creyente de todos los tiempos constituye una tentación perenne la necesidad sentida de un desvelamiento definitivo de su Dios; ver a Dios es la suprema aspiración de sus fieles (Ex 33,12-23; Sal 27,8.9.13; 24,6; 43,3.4.19; 105,6; Mt 5,7; 1 Jn 3,2). Jesús desautoriza esa esperanza vana y se queja; el malestar de Jesús va dirigido a todos sus discípulos: debería haber bastado el tiempo de convivencia para que hubiera surgido en ellos el reconocimiento de que en Jesús se ve al Padre (10,38). Jesús es la definitiva teofanía de Dios, su mejor definición y su más completa exégesis: quien le ve, ve al Padre (14,9); para quien cree (12,44-45), no hace falta pruebas ni demostraciones ulteriores. La fe que ve a Jesús como Hijo hace ver a su Padre, no porque se contemple a Dios sino porque se acepta al Hijo; en presencia del Hijo se está en presencia de Dios.

Jesús motiva de su afirmación (14,11-12): ejerce de mediador por residir en el Padre y el Padre en él. La cohabitación de Jesús y el Padre, su morar recíproco, se realiza en las palabras de Jesús, que son obras del Padre (14,10). La intimidad de Jesús con Dios es la prueba que Jesús aporta para que el discípulo despistado pase de su ignorancia a la fe del amigo (14,11). La legitimidad de la revelación que de Dios hace Jesús reposa sobre la relación mutua que existe entre ambos: lo que hace Jesús son acciones de Dios. Si no sirven sus palabras, que, al menos, valgan las obras que en él hace el Padre.

## **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Hoy el evangelio nos muestra a Jesús, despidiéndose de sus discípulos en la víspera de su muerte violenta y consolándoles anticipadamente por su temprana desaparición. Los cristianos volvieron a recordar esta escena y las palabras de Jesús, cuando, tras su resurrección, se sintieron solos y desconsolados: Jesús estaba vivo, ciertamente, pero ya no estaba con ellos. Ya no era como antes, cuando caminaban predicando el reino de Dios, gozando de su presencia y de sus cuidados; ahora, aunque lo sabían resucitado, no todos podían verle, algunos no lograban reconocerle y todos temían tener que vivir sin Él. Superada la primera sorpresa y recién ganada la alegría, se fueron dando cuenta de que Jesús Resucitado ya no les pertenecía como antes. El gozo de su presencia no les iba a durar mucho; Jesús había recuperado la vida, pero los discípulos no recuperaron a su Señor: el Resucitado se debía a Dios y ellos se empezaron a sentir, cada vez más, huérfanos de Jesús.

La resurrección de Jesús fue, sin duda, el triunfo de Dios sobre la muerte, pero, momentáneamente, supuso también la desaparición física de Jesús de entre los vivos: los discípulos, apenas superado el trauma de la muerte violenta de su maestro, no muy seguros todavía de tenerlo vivo, tuvieron que irse acostumbrando a no contar con él para todo; ¿de qué pudo servirles que el Señor recuperase la vida, si ellos no recuperaban a su Señor? Si Jesús resucitado no volvía con ellos, ¿qué beneficio obtendrían de su gloriosa resurrección?

¿No es ésa también nuestra situación? ¿No nos sentimos también nosotros abandonados a nuestra suerte por Jesús? Hemos celebrado la resurrección de Jesús y sabemos - es el corazón mismo de nuestra fe y la razón de nuestra esperanza - que él vive para siempre y para nosotros. Pero ello no nos basta para sentirnos al seguro, para librarnos de la sensación de abandono, para recuperar la confianza en él. Incapaces de poder ver y palpar a Dios en nuestro mundo, sin sentir sus cuidados ni sentirse objeto de su preocupación, dudamos de su interés por nosotros y se acrecientan nuestros miedos. Parece que vivimos, como los primeros apóstoles, sin dudar que Jesús esté realmente vivo y con Dios, pero sin podernos creer que no nos ha abandonado. Como a ellos, hoy nos repite Jesús: "No perdáis la calma, creed en Dios y creed en mí".

Y el motivo convence, porque, bien mirado, ¡es tan consolador! Recuperada la vida, Jesús no nos recupera inmediatamente. Tiene antes que prepararnos un sitio en la casa del Padre, nuestro hogar junto a Dios. Y se aleja, físicamente, de nosotros; no se queda al alcance de nuestras manos ni siquiera, como alguna vez hemos deseado, de nuestro corazón. Pero no nos abandona: está ocupándose de convencer a Dios para que junto a Él nos haga un puesto en su corazón y nos dé un lugar al alcance de sus manos, manos de Dios y corazón de Padre. Su desaparición, aparente aunque nos duela - ¡y vaya si duele al discípulo de Jesús no ver a su Señor ni sentirle cercano! -, está bien motivada: está haciéndonos lugar junto a Dios, está ensanchando el corazón de Dios, para que donde Él ya está, estemos también nosotros. No estaríamos a la altura de su bondad, si interpretáramos su desaparición como desinterés u olvido, si nos lamentáramos de que haber sido abandonados a nuestra suerte: creer hoy en Cristo Resucitado supone aceptar que no está hoy totalmente con nosotros, porque quiere estar para siempre con nosotros junto a Dios. ¿Podíamos esperar algo mejor? Tengamos fe en él, por más desamparados que nos sintamos; no desesperemos de él, aunque todo nos diga que nos ha dejado.

Como Tomás, no siempre logramos entender a Jesús, quien, si nos deja momentáneamente, nos ha dejado también su promesa de volver; y por si fuera poco, se ha comprometido personalmente a ser vía hacia Dios, se nos ha ofrecido como el camino que rehacer: quien se sienta alejado de su Señor, puede recurrir a El recorriendo su camino; vivir como él lo hizo es el modo de recuperarle, es la forma para hacerle presente. El discípulo que se sienta solo, a quien le duela el alejamiento de Dios, encuentra la vía de su recuperación, si toma la vida de Jesús como camino que recorrer, como verdad para sus dudas, como vida para sus muertes.

Tener a Cristo Jesús como camino no es ideal lejano ni meta inalcanzable; significa esforzarse día a día por repetir sus gestos, realizar sus exigencias y caminar tras sus huellas; rehacer el camino de Jesús puede ser fatigoso y hasta heroico, inusual hoy e incluso impopular, pero consigue la meta, la familiaridad con Dios: Jesús es el único que nos asegura, no triunfos perecederos, sino un final verdaderamente feliz: "sólo él nos muestra al Padre". Y eso sólo le hace merecedor de nuestra confianza y de cualquier esfuerzo.

Es verdad: aceptar a Jesús como camino, verdad y vida no es siempre fácil; muchas veces, ni siquiera lo deseamos; bien pensado, hasta lo tememos. Porque significa poner a Cristo Jesús en el centro de nuestra vida, hacerle la razón de nuestras decisiones y el juez de nuestros sentimientos. Y ello puede resultar complicado y hasta peligroso: supondría tener a otra persona, con sus ideas y sus exigencias, con sus valores y sus necesidades, como inspirador y motor de nuestra vida personal. Y por no atrevemos a dar a Cristo el puesto que le corresponde, seguimos la mayoría de nosotros viviendo una vida que no es mala, pero que tampoco es demasiado buena, sin hacer mal pero omitiendo el bien. No nos distinguimos por nuestros pecados, pero tampoco brillamos por nuestra santidad; sin dejar de ser hombres buenos toda nuestra vida, no logramos ser buenos discípulos de Cristo.

Nos falta dar un paso más, ¡el decisivo!, y colocar a Cristo en el centro de nuestros pensamientos y afectos, de nuestro querer y de nuestro hacer; sólo cuando El sea nuestro Señor, será nuestro camino hacia Dios; por miedo a perdernos a nosotros mismos, si tomamos en serio a Dios, nos perdemos el hogar que Cristo nos prepara junto a Dios y nos sentimos desamparados, solos en el camino de la vida. No es que Cristo Resucitado nos haya dejado solos; es que persistimos en recorrer otras vías más placenteras y en seguir a otros señores menos exigentes. Y no conseguimos, lógicamente, encontrarnos con Cristo ni saber que nos dirigimos a Dios.

Cuando nada hay en nuestra vida que deje ver que somos de Cristo, nada habrá en ella que nos asemeje a Dios. Como Felipe, podemos haber estado toda la vida con Jesús y no conocerle realmente. Sería una grave equivocación y un gran fracaso. Si queremos evitarlos, demos a Cristo el lugar que le debemos: sea él nuestro camino, la verdad y nuestra vida. Saldremos ganando: dejaremos de sentirnos solos y habremos ganado a Dios.

### **III. ORAR: *desear que se realice en mi lo que he escuchado***

Señor Jesús, me alegra saberte ya, junto a Dios Padre, vencedor de la muerte, pero me da miedo verme tan desamparado. Dame esa fe que me pides para que calme mi ansiedad y llene mis vacíos de ti. Me da mucha confianza saberte ocupado preparándome un hogar, lugar de descanso e intimidad, en Dios. No sabes cuánto me consuela saber que donde ahora estás, no quieres estar sin mí, que volverás por mí y que para que pueda llegar a ti, tú serás mi camino. Bendito eres, mi Señor, gran amigo y mejor hermano.

Ahora que ya te reconozco como mi camino y la meta, mi verdad y la vida, déjame ver en ti al Padre. Me bastaría para encontrar la paz y el coraje poder contemplarlo como Padre y contemplarme como hijo. Déjame verle en ti, permíteme que te vea para que lo vea y quede satisfecho.

¡Qué estupendo eres conmigo! ¡Cómo estimulas mi pobre fe cuando me prometes, como a Felipe un día, hacer obras mayores que las tuyas, si me mantengo fiel y confiado!